

JUAN RODRIGUEZ DORESTE, *Memorias de un hijo del siglo*. Caja Insular de Ahorros de Canarias. Las Palmas de Gran Canaria, 1988.

“Memorias de un hijo del siglo” es la última obra de Juan Rodríguez Doreste —fallecido hace unos meses— quien no necesita presentación, ya que su figura política e intelectual, su personalidad y su talante pasaron a primer plano en la vida ciudadana al haber ocupado la Alcaldía de Las Palmas de Gran Canaria.

Tras un prólogo, donde el autor nos recuerda la importancia que el género literario “memorias” posee en la literatura universal y de citar las pocas pero interesantes muestras que, de esa producción literaria, existen en nuestras islas, —cuya primera manifestación aparece en el siglo XVIII con el *Diario* de Antonio Romero Vibero, continuado por su hijo Antonio Romero Ceballos,— Rodríguez Doreste intenta narrar la intrahistoria de nuestra ciudad, entendiendo tal concepto al estilo unamuniano.

Con su lenguaje elegante y fácil, con su estilo ameno y de agradable lectura, hace desfilar ante el lector los sucesos, anécdotas, personajes que ha conservado en su memoria, fruto de la transmisión oral o de la propia experiencia. Todo ello “ilustrado” con frases latinas, a las que Don Juan era tan aficionado. Su nacimiento, ocurrido en 1904, y su larga vida lo hicieron un testigo de excepción del desarrollo de nuestro siglo.

A lo largo de la lectura parece captarse una doble postura en su actitud de escritor, que simultánea en muchos capítulos: Unas veces es el autor-narrador, que se sitúa al margen de lo que escribe y se limita a contar lo ocurrido; en otras ocasiones pasa a ser protagonista o personaje totalmente involucrado en lo que ocurre en la narración.

También podemos detectar un fino sentido del humor al filo del relato, donde aparece la “socarronería” canaria. En muchos casos lo que podría haber sido una sangrienta ironía o una burla hiriente, se convierte en un párrafo lleno de gracia y de inocente apariencia.

Hemos sido testigos, víctimas o de alguna manera protagonistas de bastantes hechos constatados en estas Memorias, lo que no hace factible la existencia de una perspectiva histórica que nos permita juzgarlos con objetividad. Por ello, aunque hay momentos en la narración donde disentimos de la opinión o el sentido que el autor da a los diversos avatares de la vida ciudadana, creemos honradamente que no podemos discutirlo ni criticarlo. Se trata de unas “Memorias” en las que la persona cuenta las cosas como las recuerda y ha vivido; además no poseemos todavía los instrumentos idóneos para poder analizar hasta donde tendría razón el escritor ni en qué medida su subjetividad ha teñido las situaciones relatadas. Objeciones que también debe tener en cuenta el lector sobre su propio punto de vista y crítica de lo escrito.

La obra es como un fresco donde van apareciendo los más diversos temas locales, nacionales e internacionales. Se inicia la narración con unas pinceladas descriptivas sobre nuestra ciudad de Las Palmas de Gran Canaria y sus barrios a principios de siglo. Las Palmas y el Puerto formaban dos núcleos urbanos separados por amplios arenales. Desplazarse de uno a otro era un auténtico viaje turístico. Existió un tranvía que los comunicaba. Después de la guerra civil volvió a ser de vapor y se llamaba familiarmente “La Pepa”.

Otro medio de locomoción muy usado en la ciudad era la tartana, su andar lento y tranquilo era un símbolo de la vida de la ciudad. Su conductor, el tartanero, representaba una de las figuras más típicas de nuestra urbe.

Trata largamente de la historia del Puerto, del barrio de “Fuera la Portada”, del comercio, enclavado en la calle de Triana. Más tarde recuerda con nostalgia las fiestas populares: La Navidad y Reyes cuando la chiquillada visitaba los nacimientos famosos de la ciudad como los realizados por D. Rafael Bello o D. Juan Fco. Apolinario; los Carnavales perdidos en el 36 y “recuperados afortunadamente”; la Semana Santa o Semana Mayor cuando las imágenes de Luján Pérez discurrían día a día por las calles de la ciudad, procedentes de diversas parroquias; el Pino, San Pedro, mártir causa de tantas discusiones entre nosotros...

Habla de nuestra gastronomía y se deleita en la enumeración de sus platos, muchos de ellos olvidados actualmente: frangollo, cochafisco, bienmesabe, pasteles de carne y de dulce cabello... Evoca a nuestros personajes populares como La Perejila, Roque Morera, Lolita Pluma, Juanito Argumento... Hay muchos capítulos dedicados al Museo Canario, a sus logros, a sus dificultades, a su historia, a su labor a lo largo de este siglo. Rodríguez Doreste apreciaba mucho a esta institución, donde encontró refugio para sus aficiones lite-

rarias durante sus años de “retiro voluntario” tras la salida del penal. Habla largamente del periodismo, de los diversos periódicos de las islas, de la fundación de varios, de su trabajo en ellos, de sus compañeros en esa labor. Trata también de la Escuela de Luján donde se han formado tantos artistas canarios.

En el capítulo IV, llamado “Grandes y pequeñas añoranzas”, tiene un recuerdo emocionante para nuestro querido “Puente de piedra”, “demolido como acto iniciador de la mayor herejía urbanística que ha sufrido nuestra urbe”. Era (.....) “la facción de su cara”. “Es como si a la ciudad le hubieran practicado la cirugía estética...”, opina.

En diversos momentos nos narra hechos de su vida, sus viajes, su trato con personalidades del mundo de los negocios, de las artes, de la política...

Se encontraba en Cuba cuando se inició la rebelión de Fidel Castro. Su obra parece una galería de retratos donde con trazos sencillos, impresionistas, define a sus personajes: Alonso Quesada, García Lorca, Profesor Fusté, Domingo Rivero, Indalecio Prieto, Saulo Torón, José Miguel Alzola... Utilizando un símil, compara los plenos del Ayuntamiento con una especie de pelea de gallos, deporte tan del gusto insular, al describir a los concejales como gallos de muy diversa índole.

Con la lectura de la obra de Rodríguez Doreste entramos en comunicación con la larga historia de nuestro siglo y discurren ante nuestros ojos no sólo la vida isleña sino retazos de la vida peninsular, de América Latina, Londres o París...

A pesar de lo dicho más arriba, y sin olvidar que estas “Memorias” no pretenden ser una obra histórica, el contraste con otras personas y mi propia opinión me obligan a decir que en diversos momentos del relato Don Juan parece olvidar cómo ocurrieron en realidad los hechos y no se muestra lo suficientemente objetivo al evocar las propias actuaciones o al narrar las posturas de otras personas. Sin embargo puedo concluir que es un *libro interesante* para entrar en contacto con un mundo que pasó y su trabazón con el actual. Es interesante para las personas mayores porque con él rememoran sus años juveniles, para la generación intermedia porque le recuerda historias relatadas por sus padres o abuelos, porque le refresca recuerdos dormidos de sus primeros años, para la juventud porque le hace conocer la historia de sus mayores. En definitiva pienso que es un libro que puede ser leído con gusto y curiosidad por personas de todas las edades.

María del Carmen Alemán